

V CICLO DE CONFERENCIAS EN TORNO A SALUD MENTAL

L AS DISFUNCIONES SEXUALES

M.^a Isabel Cabezudo

Vocal Delegada del Area de Salud del COP-PV.

Como va sucediendo en estos últimos años, el pasado mes de Abril se celebró el V Ciclo de conferencias en torno a Salud Mental cuyo tema a tratar fue las Disfunciones Sexuales.

Este es el 5º año donde el Area de Salud del COP-PV, desde la Mesa Per-

manente, viene desarrollando uno de sus objetivos básicos: dar una visión de conjunto sobre la forma de abordar distintos trastornos o problemáticas, que nos parecen de interés desde las diferentes orientaciones teóricas que la conforman. De esta manera, se posi-

ibilita dar a conocer la forma de trabajar y pensar de los distintos enfoques teóricos. Los profesionales que integramos la Mesa Permanente, consideramos que dicha visión, es necesaria en la formación práctica y teórica del psicólogo clínico.

L A SEXUALIDAD COMO SINTOMA

María Cortell Alcocer

Psicoanalista

RESUMEN

Cuando se abordan las disfunciones sexuales, es importante distinguir respecto de qué pretendida normalidad se considera anormal o no, algún aspecto de la vida sexual de los pacientes. Desde el Psicoanálisis, la sexualidad no se considera un aspecto aislado en la vida del sujeto y además se cuestiona la pregunta normalidad a la que se debiera tender.

PALABRAS CLAVE

Placer, Síntoma, Goce, Fantasma, Trauma Psíquico, Malestar.

Hablar de la sexualidad como síntoma incluye dos niveles distintos que son el síntoma en la cultura y el síntoma en el sujeto.

Se puede decir que la sexualidad es un síntoma, un signo de algo que no funciona en nuestra cultura.

No cabe duda de que la sexualidad se ha convertido en un tema de suma importancia en la cultura actual. No hay revista que se precie que no incluya una sección en la que se explique algo del cómo se debe funcionar sexualmente, ni faltan programas de televisión o radio donde se expone tal o cual aspecto de la sexualidad, no nos sorprenden tampoco los debates acerca de si es normal o no, tal o cual comportamiento sexual. Planea sobre todo ello una suposición sobre la buena sexualidad, la sexualidad llevada a buen término. El óptimo rendimiento sexual dentro de los cánones de la normalidad. Normalidad que se debería definir como estadística pues no se puede concebir otro

modo de normalidad que ese. Con lo cual los desajustes con respecto a ese supuesto, resultan ser sintomáticos.

Si tomáramos el síntoma como un desajuste respecto del patrón de la normalidad, probablemente no habría nadie que no pudiera presumir de algún síntoma sexual, de algún desajuste.

Ahora bien, ¿qué sexualidad es la que aparece como síntoma, como signo de un malestar en la cultura, como aquello que no funciona entre los humanos?. Lo que aparece escondido tras ese malestar no es más que la posibilidad de la existencia de una relación sexual ideal, entendida como la correspondencia perfecta entre los sexos. Lo que queda como supuesto es un acoplamiento perfecto, ideal, entre la clase de los que se inscriben como hombres y la clase de las que se inscriben como mujeres. Por tanto todo lo que escapa a esa correspondencia hombre-mujer es lo que aparece como signo de malestar, como no funcionamiento, como

dis-función. Pero para tomarlo de un modo más general a lo que se puede entender por relación heterosexual, diremos que habría por un lado la función, como acoplamiento y por otro la dis-función, lo que escapa a un acoplamiento sexual en el que dos sujetos alcanzan su satisfacción.

LA RELACIÓN SEXUAL.

Hay una frase de Jacques Lacan de la que se ha abusado que es «La relación sexual no existe». Rapport sexuel, que si lo tomamos en el sentido débil, puede parecer una broma, pues uno se pregunta legítimamente ¿entonces qué pasa en mi cama?, o en mi sofá, etc. etc... Pero que si lo tomamos en su sentido preciso es decir no hay correspondencia (matemática) correlación entre los sexos puede hacerlos pensar un poco más. Allí donde uno espera al otro de la pareja aquél no aparece, aparece en otro lugar, hay un desajuste entre lo que se espera y lo que se halla, por ambas partes. Doble desajuste.

Parece claro que el psicoanálisis apuesta por la sexualidad, es más, la teoría freudiana de modo pionero conecta la sexualidad con el psiquismo; entonces, si hablamos ahora -en referencia a la frase anterior que les citaba-, de una no relación sexual, puede parecer que toda esta hipertrofia del tema que mencionaba en un principio, esa búsqueda de cómo-sí hubiera relación sexual, supone, a la vez, la afirmación de que la sexualidad es un ideal definible y alcanzable y una negación de la teoría psicoanalítica que a menudo se tacha de pesimista. Nos encontramos con la confusión entre dos perspectivas, una diría que el ser humano se rige por el principio del placer y la otra definiría un más allá del principio del placer.

RAZONES PARA UNA CONFUSIÓN.

Leyendo la obra de Freud, desde sus inicios hasta las últimas aportaciones encontramos que la sexualidad es la apuesta del Psicoanálisis. Freud trataba de averiguar cual era el origen de las neurosis y se encontró como respuesta la sexualidad.

En los inicios de su obra, Freud piensa que las neurosis obedecen a una inadecuación entre la satisfacción sexual y el encuentro sexual. Freud habla de la neurastenia que sería el resultado de un exceso de satisfacción sexual fuera del encuentro sexual, o bien de la neurosis de angustia que aparece como resultado de una insuficiencia de satisfacción a pesar del encuentro. (O bien fuera de la cama hay más satisfacción o bien, aún con la cama no hay satisfacción). Hay una inadecuación entre el goce y el encuentro sexual. Señalaré en este punto que cuando hablo de goce de un término que en psicoanálisis define un nivel de tensión que no es exactamente el placer sino aquello que lo desborda.

EL GOCE, EL PLACER.

El goce del cuerpo es algo diferente al placer, es una dimensión que tiene que ver con el deseo inconsciente. Hay que entender bien, no es que haya inconsciente porque hay un deseo obtuso, oculto, sino que hay deseo porque hay inconsciente porque hay algo que se le escapa al sujeto humano para alcanzar su completud. Al ser un sujeto que nace en el seno de la cultura, del lenguaje, siempre habrá un lugar que lo delimita, otro lugar; el lugar de otro, que espera algo de uno y del que uno espera algo. En ese lugar podemos situar el goce, del orden del forzamiento, de la tensión, de la hazaña, alejado del placer que sería un cierto sopor. Deseamos más allá de lo que queremos y entramos en esa dimensión gozante y ello lo hacemos de manera fantasmática imaginaria, no realizable del

todo. Y eso se lo que el sujeto quiere saber, qué rige su goce. Cual es su relación con ese otro lugar, que se le pide desde ese otro lugar que no es él, qué puede ofertar él mismo al otro lugar a los demás.

Permanecer en la búsqueda de una adecuación, entre el goce y los sucesivos encuentros sexuales pertenece al ideal profiláctico que mencionaba más arriba en relación a la buena sexualidad. Eso es correlativo a la primera teorización de Freud acerca del trauma, considerado en ese momento como un suceso de la realidad. Pero el Psicoanálisis da un paso más, cuando a Freud le aparece ante sus ojos que era prácticamente imposible que a todas sus pacientes les hubiera sucedido un acontecimiento desagradable en relación con la sexualidad, en la infancia. Y yendo un poco más allá, cuando Freud descubre que el trauma sexual no tenía por qué haberse producido en la realidad, aparece como correlato que era imposible hallar la educación sexual.

EL TRAUMA PSÍQUICO.

El trauma según los relatos de las pacientes es algo relacionado con la sexualidad. Freud piensa en un primer momento que hay algo de la realidad de una seducción hacia sus pacientes histéricas por parte de un adulto, bien sea éste el padre o sus sustitutos y a eso lo llamará «trauma psíquico». El lugar del trauma en la etiología no cambia aunque sí va a cambiar la circunstancia de realidad de dicho acto, que no necesariamente ha tenido que suceder para que quede fabulado en la historia de la vida de los neuróticos.

Teniendo en cuenta el giro freudiano con respecto a la etiología de las neurosis, es decir, que aunque haya desaparecido la causa, el trauma, permanece el efecto, teniéndolo en cuenta como punto de partida, comprendemos la aportación de una obra posterior el «Proyecto de una psicología

EL SÍNTOMA.

para neurólogos», donde lo importante de la escena traumática es su realidad psíquica. Lo sexual se vuelve traumático al constituir un recuerdo reprimido que actúa a posteriori. Y adentrándonos un poco más, veremos cómo en la correspondencia con Fliess, carta 52, el trauma sexual aparece ya como un absoluto, el trauma es intrínseco a la sexualidad misma.

Se trata del trauma del sexo, no hay ningún significativo, que exprese la fórmula de la relación sexual. No hay palabras para tapar ese agujero que queda entre el uno y el otro de la relación sexual. Lo que cada uno pondrá en juego obedece a una fantasía particular intransferible y que toma del otro una parte, algunos pedazos que le sirven para obtener su placer. El otro querrá estar entero, completo para poder gozar tomando para ello pedazos del uno y de ahí la batalla del encuentro. No es la armonía de un acoplamiento, es la pelea por alcanzar aquel acople que nunca hubo pero que sitúa míticamente como que existió y podría existir rememorándose.

El trauma del sexo se sitúa a nivel de un otro al que no se puede completar y del que queda como enigma qué lo completa. La matriz primera de ese otro es la madre a la que el niño con su cuerpo no podría completar puesto que ella sigue deseando cosas que no son el propio niño. Es el trauma lo que causa el inconsciente con lo cual éste, el inconsciente, queda librado de ese papel, que se le atribuye a veces de forma socarrona, de contener el saber acerca de lo sexual. No hay un saber sobre la sexualidad escondido por el yo y que se contenga en el inconsciente. Por tanto la cura psicoanalítica no consistirá meramente en hacer consciente lo inconsciente. Sino que el inconsciente existe para no saber del trauma, de la separación radical entre otro y el uno.

Lo que Freud localiza del orden del síntoma en su práctica psicoanalítica, se revela sexual en el fondo, llegando a decir que el síntoma es, propiamente dicho, la vida sexual del neurótico y se mantiene en razón de las satisfacciones de naturaleza sexual que él procura. El síntoma en Psicoanálisis es un fenómeno subjetivo que constituye no el signo de una enfermedad sino la expresión de un conflicto inconsciente. Lo cual pone en entredicho precisamente aquello que sea la satisfacción, pues ésta será singular para cada sujeto. No es igual para todos.

Cómo se puede entender esto sin caer en el mencionado pesimismo que decía antes y sin aparecer como hermeneutas de un cierto misticismo: A través de lo que aparece en la clínica, que es aquello de lo que propiamente podemos hablar. Y lo que aparece es, que los síntomas, el síntoma, es la vía para alcanzar parte de la satisfacción perdida en el traumatismo, que como ha señalado no es contingente, sino necesario para el establecimiento de la estructura y por lo tanto para el funcionamiento del sujeto humano.

EL FANTASMA.

Para huir del horror de la falta de completud, que se pone justo en juego a causa de la existencia de otro, el sujeto construye una fantasía inconsciente que llamamos fantasma y el síntoma es el modo de gozar; de satisfacerse con esa fantasía. Fantasía de completud que suple o trata de suplir la incompletud humana. Ello se deduce de la clínica y si la sexualidad se manifiesta como síntoma es porque algo hace obstáculo a una satisfacción más directa.

Al decir más directa, quiero decir facilitada por los patrones de la naturaleza que son del orden del instinto como lo podemos observar en el mundo animal. Pero para los humanos esto es así. Para el humano, que habla y piensa y es hablado, la satisfacción directa por

vía del instinto es radicalmente imposible. La sexualidad se descubre justamente como el dominio donde algo, irreductiblemente, se escapa al sujeto en su esfuerzo por realizarse, precisamente por la razón de que no nos rigen los patrones de la naturaleza. La sexualidad marca al sujeto con una incompletud, una falta, un límite que se reconoce como constitutivo de la subjetividad misma. Este fallo, este defecto que Freud descubre y designa como inconsciente es la sexualidad como el dominio donde el ser humano sólo se puede contituir como sujeto marcado por una ignorancia, por un no saber qué es él para el otro sexo, cual es la diferencia y por tanto la correspondencia, la relación con el otro sexo.

La cuestión sería que lo que en el género humano por el hecho de hablar, de nacer en el seno de la cultura, -si tomamos la oposición clásica Naturaleza-Cultura-, lo que le delimita a uno son los otros. Está el lugar de uno y el lugar del otro, al que uno tratará de satisfacer; hay una búsqueda del objeto que pueda colmar; satisfacer a ese otro lugar que lo delimita a uno, pues si uno fuera capaz de ser ese objeto o de tener ese objeto que el otro desea, podría colmar a ese otro y por lo tanto habría la relación, la correspondencia que hallamos en la naturaleza, en los «patterns» de los animales.

PSICOANÁLISIS Y SEXUALIDAD.

Alguien puede pensar llegados a este punto: Yo hago las cosas para mi propia satisfacción, no para la de otro; y yo le diría sí, pero en su modo de concebir la satisfacción hay más de uno, está la referencia, a veces recóndita pero está, a otro.

Puede resultar inaceptable para algunos el estrecho lazo que de modo explícito mantiene siempre Freud entre el inconsciente y la sexualidad, pero podemos asegurar que lo que da a la

obra de Freud su carácter subversivo es más el acento que de modo radical coloca sobre la determinación inconsciente y por tanto la ruptura con toda pretendida soberanía del sujeto consciente, más que su pretendido pansexualismo. Hasta Freud los psicólogos y filósofos habían identificado la vida psíquica y la vida consciente, de modo que cada fenómeno psíquico iría acompañado por la consciencia que se tiene de él. El Psicoanálisis rompe con esta tradición.

Pero con todo, la aportación que hace el Psicoanálisis al conocimiento de la sexualidad humana, no es del orden de un saber objetivo integrable en el seno de los conocimientos de la fisiología, aunque no descarte éstos. No se trata de una propuesta terapéutica destinada a rectificar la anomalía sexual que he descrito antes.

No se trata de armonizar la conducta de cada uno con las normas al uso en la sociedad en la que viva, sino más bien de hacer notar que son las normas culturales que colocan en cada momentos unos u otros factores del lado hombre y del lado mujer las que son incapaces de acoger la singularidad de cada uno. Pues el hecho de clasificar, de hacer dos clases, ya rompe con lo que se revela como verdad para el sujeto humano que es precisamente su dificultad para el goce sexual.

Es importante subrayar que al decir dos clases, pueden pensarse las combinaciones que se quieran entre ellas, -que finalmente no son tantas-; no estoy hablando de un tipo de encuentro sexual específico entre hombre-mujer.

El Psicoanálisis no ofrece recetas prácticas que ayuden a un saber hacer mejor sino que sostiene que la sexualidad escapa a las técnicas guiadas por la ciencia. Pero también es cierto que en la rectificación subjetiva que el análisis comporta algo del orden de esa no correspondencia entre uno y otro sexo, se mueve, se recoloca al hacerse evidente para el sujeto, bajo transferencia, precisamente su propia imposibili-

dad, su falta de completud. Pero eso dependerá en cada caso de lo que para uno suponga o no sufrimiento, un síntoma es lo que le hace sufrir a uno; esté o no dentro de las normas. Ahí la sexualidad se revela como lo más subversivo pues si bien planteaba la generalidad de la inadecuación, lo que sucede para cada uno es del orden de lo singular, siendo imposible cualquier taxonomía.

Aquello que concierne a los síntomas que aparentemente se presentan como sexuales, atañiendo al comportamiento sexual, a los modos o imposibilidades para alcanzar la satisfacción sexual, no está más relacionado con la sexualidad que otros síntomas que aparecen más alejados de ella en cuanto signos, puesto que la sexualidad es el eje sobre el que se sitúa la cuestión de la castración, en tanto algo que falta; y como falta, como falla, se inscribe para el sujeto. No se da en el campo del humano el objeto adecuado a la pulsión. No hay un objeto predeterminado y específico que satisfaga el impulso hacia una satisfacción. Los seres humanos alejados del terreno de los instintos por la inscripción en el seno del universo del lenguaje estamos sometidos a ese defecto. El sujeto no consiste, pues, en sustancia alguna, es mero defecto del lenguaje. Efecto ya que se causa se encuentra en el orden signifiante, es decir, en la articulación propia de las leyes del lenguaje, la cual opera según la modalidad de la metáfora y la metonimia. La biología humana sufre una alteración por el hecho de estar conexas con el pensamiento, con la imaginación, con la fantasía.

Aunque la ciencia haya entrado en el cuerpo humano guiada por la división cartesiana psique/soma, el discurso científico excluye al sujeto como portador de esa falta. Quiero decir que al plantearse la sexualidad como susceptible de reconducirse hacia la relación perfecta y sin fisuras, siendo para ello necesario delimitar de antemano qué entendemos por fisuras, por problemas,

se está planteando la ideal de relación sexual que está bien lejos de pertenecernos como seres hablantes y puede eso sí presentarnos distintos problemas de adecuación al ideal y a eso es a lo que me refería cuando hablaba de la sexualidad como síntoma en la cultura.

En la práctica psicoanalítica, en la cura de un sujeto no distinguimos, pues, a priori, qué síntomas son específicamente sexuales, siendo que aquellos que aparecen alejados del sexo, a veces guardan una estrecha relación con él. No hay el objetivo, o por lo menos no debe haberlo si uno es acorde a una ética, de llevar al paciente hasta un punto de normalidad predeterminada, pues la normalidad de cada uno es lo que a uno le satisface, -por raro que eso parezca-, y lo anormal y lo que le lleva, generalmente, a tratar de averiguar qué le pasa, es todo aquello que le produce malestar en esa falta de adecuación. No hay un intento, por parte del psicoanalista, de que una alteración se palíe o se resuelva de modo mecánico, pues ello no va a resolver la posición del sujeto respecto a un otro, -eventualmente su pareja-, y de esa posición es de lo que se trata en su vida, no sólo, pero también, en su vida sexual.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- **Freud, Sigmund:** Las neuropsicosis de defensa. Madrid: Biblioteca nueva. Obras Completas, Vol. I, 1972.
- **Freud, Sigmund:** Proyecto de una Psicología para Neurólogos. Madrid: Biblioteca Nueva. Obras Completas, Vol. I, 1972.
- **Freud, Sigmund:** La sexualidad en la etiología de las neurosis. Madrid: Biblioteca Nueva. Obras Completas, Vol. I 1972.
- **Freud, Sigmund:** Los orígenes del Psicoanálisis; Carta 61. Madrid: Biblioteca Nueva. Obras Completas, Vol. IX, 1975.
- **Lacan, Jacques, Aún;** Seminario XX. Barcelona: Paidós, 1981.